

MAITE PAGAZA

OPERACIÓN

COCHINILLO



ESPASA

MAITE PAGAZA

OPERACIÓN

COCHINILLO

ESPASA © NARRATIVA

© Maite Pagazaurtundúa Ruiz, 2014

© Espasa Libros S. L. U., 2014

Imagen de cubierta: Fermín Solís

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 22.076-2014

ISBN: 978-84-670-4315-0

La autora ha renunciado expresamente a cualquier rendimiento económico que pudiera derivarse de la explotación de esta obra en favor de COVITE (Colectivo de Víctimas del Terrorismo en el País Vasco)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

—Jefe —le había dicho por mi minúsculo teléfono móvil—, estoy flojo.

Me callé que estaba muy quemado. Mi hoja de servicios llevaba diez años tan pelada como mi cuenta corriente. Y no me habían ascendido a inspector jefe ni por antigüedad, lo cual es el colmo en esta profesión. Varado como un buque, soy una víctima de la globalización, pero eso a ver cómo se lo explico yo al comisario provincial para que se lo cuente a los jefes de Madrid. Si no hay más que coger la prensa y leer un poco: todo el mundo está acogotado ahora por los islamistas y por las redes de delincuentes asentadas en Madrid, en el Levante, en el sur y en las islas... Y, paradójicamente, nosotros con menos delitos cada año. En consecuencia, me toca reñir a los chavales que se suben a la parra de la tropa de esos progenitores que se han prohibido prohibir. Unos niños aburridos y malcriados porque nadie les obliga a esforzarse y no se cansan. Los más brutos se estimulan rompiendo cosas o persiguiendo y asustando a indigentes. Ahora bien, con sus padres me suelo callar casi todo lo que pienso, para que no me miren como a un bicho raro los que forman ahora mismo el núcleo duro de la sociedad en la que mi esposa, pero sobre todo mi suegra, se esfuerzan en integrarme.

Del mismo modo que me tienen calado que soy muy raro, yo también pienso que si uno tiene verdadera vocación y apunta maneras para la delincuencia, se larga a lugares más propicios para el delito. Durante el último año se ha reducido en un dieciséis por ciento el número de delitos, que ya es reducir, que lo hemos reducido más que en Palencia.

Iba yo rumiando para mis adentros estas y otras cosas porque me enredo solo con mis pensamientos, y estaba a punto de repasar si el túnel del AVE, el de Guadarrama, es una obra de ingeniería civil comparable al extraordinario acueducto romano cuando oí la voz preocupada de mi primer exjefe.

—Atilino, Atilino, ¿me oyes? ¿Tienes cobertura? ¿Sigues ahí? ¿Estás bien?

Había deducido por las preguntas que sí escuché, que mi jefe seguía en plena forma intelectual y que olía los problemas. Es que para ser un buen policía ese tipo de intuición resulta fundamental, y él era un poli de primera. No, no estaba bien y no sé cuántos segundos hacía que esperaba el comisario que dijera algo. Algo dije, sí.

—Jefe, esto es un sinvivir. —Era mi grito de guerra de los años ochenta cuando volvía de pasar la noche en las esperas y seguimientos a los presuntos terroristas, desvelado y con mal cuerpo—. Jefe, se lo adelanto —le indiqué—, me voy a tener que asociar con los inspectores de Teruel, que existen y seguro que están relegados en el escalafón, bueno, y a lo mejor también con los de Ávila. Y Soria. Y León. Los de la España esencial, jefe, estamos discriminados en la España archiplural. Esto antes no pasaba, se lo digo de corazón.

—Contente, Atilino, que no están los tiempos para decir eso ni en broma, y además... además, tú no tienes ni puta idea, porque no viviste los otros tiempos, que

nos moríamos de hambre y pasábamos mucho frío, chaval. Ni punto de comparación. La democracia es un buen negocio, y aunque los jóvenes os quejéis, ahora hay más medios para trabajar. Anda, ven a verme al despacho la semana que viene y hablamos, que ahora voy apurado de tiempo, y entro ya a dar una conferencia sobre el documento nacional de identidad como instrumento de protección de los derechos humanos en el escenario de la amenaza terrorista globalizada en el siglo XXI. —Era un fiero mi exjefe, y tenía pulmones, porque lo del DNI y su adorno lo había dicho del tirón—. Estoy en Costa Rica, invitado por el cuerpo hermano de Policía, pero regreso el domingo. Ánimo y tranquilo, chaval —se notaba que no había visto mi pinta ni se había asomado a mi alma—, que algo pensaremos. —Antes de colgar se acordó de algo más—: Y saluda a tu mujer y a los nenes.

Los nenes. Maldita sea mi estampa... los nenes. Mi Atilino tenía ya catorce años y no me perdonaba el cachondeo que se traían con su nombre, pero tampoco que no le hubiese cambiado los pañales cuando estaba destinado en San Sebastián. Conseguí, eso sí, que le cogiera pelusilla a Juanito, por enchufado, porque con el pequeño intenté ser un padre modelo. Y encima para nada, porque Juanito, que solo tiene ocho años, no me admira como el resto de los niños a sus progenitores. Mi mujer tampoco, claro que eso es más normal. Total que todo el mundo salía adelante menos yo.

Aquel día fue un espanto.

El siguiente, mucho peor.

Creía, iluso de mí, que no podría sentirme peor. Fue cuando me zampaba un bollo con café con leche en el bar de Tulio. Yo que me había animado a ir allí para entrar en calor, camino de la oficina, vi en un informativo de

la mañana que una vieja amiga de Bilbao había sido nombrada para un alto cargo institucional. Algo tenía que decir. Ajeno a la selecta concurrencia del par de guardas de seguridad nocturna que comentaban la técnica de solución de sudokus avanzados en una mesa esquinada del bar con sus carajillos ya apurados; a un notario soltero, borrachín y putero de fin de semana que parecía absorto en un periódico de tirada nacional en una mesa adyacente a la ventana, y a una viuda jubilada de un coronel de artillería que gustaba de la compañía de Tulio después de dejar a las nietas en la escuela, por afinidad intelectual con el recio barman que se acodaba en la barra, me decidí a hablarle. Sin atender a la ilustre concurrencia, ya digo, me dirigí al propietario del local que había vivido tiempos más prósperos y de más esmerada limpieza allá por los años setenta, y le dije yo en voz alta, porque era duro de oído desde niño:

—Ya ves, Tulio, tú y yo, aquí, que nos comen las murosas. Es que con nuestros nombres no podemos triunfar. Lo bueno es llamarse José Luis —expresé con una ironía que disimulaba mal mi resentimiento, mientras la televisión iba ofreciendo la imagen del espigado y relimpio presidente del gobierno, de nombre José Luis y de apellido, Rodríguez. Se hallaba la criatura junto al ministro de Defensa, anteriormente ministro del Interior. El flamante ministro atendía al nombre de José Antonio y al apellido de Alonso. Por la proximidad sentimental con el que había sido responsable de nuestro cuerpo hasta hacía muy poco tiempo, añadí yo acto seguido—: O José Antonio.

—¡Eso, eso! —convino Tulio—. ¡Viva José Antonio!

Y es que Tulio era un poco sordo desde niño y, además, las cosas como son, no había devenido en progresista sostenible como varios jefes de centuria con los que

compartió mando en los flechas y pelayos de su tierna juventud.

—¡Viva José Antonio! —repitió Tulio.

—¡Viva! —coreó en segunda convocatoria, desde el córner de la cafetería, la señora Vicenta Rodríguez de Pineda, la abuela explotada, que tampoco había cambiado mucho desde los años cincuenta en que se casó con su santo esposo, que en paz descansaba, mientras se le movía un poco mecánicamente, alzándosele en concreto, el brazo derecho—. Y que regrese el orden y dejen de trabajar fuera las mujeres casadas —añadió, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, para una reivindicación concreta y sectorial, porque la mujer, abuela explotada, deseaba descansar de una vez en su santa vida antes de pasar a reposar eternamente con la pandilla de los justos entre los que se encontraba, sin duda, su legítimo esposo.

El notario López no levantó la cabeza de la página de contactos que analizaba metódicamente porque era viernes. Los guardias de seguridad pidieron otro carajillo, ajenos a las cuestiones ideológicas que flotaban en el ambiente muy a mi pesar, porque ellos habían sido niños de los nuevos tiempos educativos, se les veía en la juventud del rostro, lo que les había simplificado mucho el análisis de las cosas abstractas de la vida.

Desde la cristalera vi a lo lejos al comisario provincial, hombre con talante a la nueva usanza, a pie, sin su potente moto que lo convertía en un moderno centauro que derretía de cariño a las jóvenes policías de la comisaría, y sin considerar otros aspectos que pudieran derivarse de la posesión de aquel potente artefacto, analicé la posibilidad de que entrase en el bar y terminase con un expediente abierto, muy a mi pesar, ya digo, por agitación anticonstitucional, por lo que pagué con pronti-

tud y salí del bar como alma que lleva el diablo, zafándome de la conversación cada vez más exaltada de Tulio y de la abuela Vicenta antes de que se fijaran en mí y optaran por convertirme en un nuevo líder espiritual de aquella reserva de la España eterna que era la Taberna Castellana y de un paquete de los buenos con mi jefe. Salía Arnaldo Otegui sonriente en la pantalla con el máximo protagonismo mediático mientras yo abandonaba el bar, y pensé que con un apellido vasco mi nombre habría quedado posmoderno y resultón. Atilino Otegui. Pensé en Tulio como Tulio Ibarreche. Sí, una combinación como esa te abría las puertas de la sociedad. No como a mí o al regente de la Taberna Castellana.

El Otegui, pese a todo, era gente. No como yo.

Aceleré el paso tras mirar por el rabillo del ojo a mi jefe. No me había visto y se había parado en un quiosco a curiosear. Cuando llegué al despacho observé a la señora de la limpieza que me miraba con pena. Como mi antiguo jefe, aunque menos que él, yo también olía los problemas y los días malos. Abrí la puerta del despacho y no estaba mi mesa, ni mis cosas. Salí fuera, miré el pasillo y Rosaura Angélica me indicó con el mango de la escoba y la suavidad del culebrón venezolano que siguiera adelante. En efecto, al final del pasillo, delante de la puerta de la antigua recocina de la comisaría, donde hasta la víspera se encontraba la máquina de café, allí estaban mis cosas con un folio que rezaba. ATILINO GARCÍA. BRIGADA JUDICIAL. A su lado, un cubo con agua muy sucia que apestaba a lejía y algunos botes de productos de limpieza.

La mujer me dijo entonces para animarme:

—Es un cambio urgente, el inspector nuevo, el de extranjeros, don Borja, que ya sabe usted, que necesitan cada vez más espacio.

—Gracias, Rosa, mi amor —le dije por abreviar y porque se sintiera como en casa, dado que la vida del emigrante es dura, y porque yo siempre he sido sufrido en las derrotas.

Volví a llamar a mi padre espiritual, el único que había tenido en aquella empresa. Salió el contestador, calculé que seguiría hablando a los colegas naturales de Costa Rica cantando las excelencias estratégicas de nuestro documento nacional de identidad o que, en su defecto, estaría aprovechando para fumar allí, que no lo podría detectar su esposa. No sentí ni envidia, y es que no estaba para cosas secundarias. Determiné dejarle mi mensaje de socorro y lo hice:

—Jefe, esto es más que un sinvivir... El comisario provincial me acaba de envainar su talante.